

Poema donde todo se niega

Jaime Labastida

Están aquí los muertos, olvidados.
Nombres ilustres, personas sin
relieve. Aquí se encuentran todos,
confundidos en la Nada tranquila,
entre las sombras. Igual será
llamarse Carlos, Luis,
Francisco, Eduardo, acaso Juan Sin Rostro,
María Sin Apellido, Marta Desconocida.
Murieron ya sus nietos, Nadie recuerda
Nada.
En este panteón están las
cenizas de mi abuelo, dicen.
También,
me han dicho, las cenizas del abuelo
de mi abuelo. Pero los nietos de los
nietos que caminan por este cementerio
ya no recuerdan a Ninguno. Los
nombres se conservan como se
guarda un libro
en la memoria enjuta de los hombres.
Nadie está a salvo de la corrosión y el
olvido. Día llegará, quinientos años
después,
en que Ninguno tendrá nombre.
¿Tú sí recuerdas? Pero si a
Nadie conociste. Con aquellos
que pasaste algunas de las
horas de tu infancia
son ya también ceniza, una imagen

diluida en la memoria. Tú pasarás
igual, serás
tan sólo un nombre grabado en una
piedra que borrará sin duda el tiempo,
con insultos. Todo lo niega el paso de las
horas, sin medida. Todo lo niega un
ángel, implacable.
El mensaje es el mismo: eres
polvo tan sólo, un polvo triste que
se pone de pie por unas horas y
luego cae
y se confunde con otra tierra seca
en la hojarasca. Así sucede siempre.
Así sucederá otra vez, no tengas
duda. Jamás podrás negar este
pasado, presente desde ahora en tu
futuro.
Vive de todos modos, sereno de
alegría, las pocas horas que estarás
erguido.
Así sucederá. Sucede siempre.
No abrigues ya temor, la vida
habrá de continuar entre las sombras,
en las pálidas sombras de tus hijos
y en las sombras de los hijos
de tus hijos. Sucede ahora.
No cabe duda alguna.
No niegues lo que fue.
No niegues que será. Lo
que antes sucedió, sucede ahora.